

**IGLESIA BAUTISTA
HISPANA COLUMBIA**
Falls Church, 12/08/2010
Rev. Julio Ruiz, pastor
Mensajes sobre David
Un Hombre Conforme al
Corazón de Dios

**PREGÚNTELE A DIOS PRIMERO
(1 Samuel 23:1-7)**

INTRODUCCIÓN: ¿Por qué David fue calificado como un hombre “conforme al corazón de Dios”? Bueno, no necesitamos ser demasiados teólogos para descubrir que él tuvo un corazón de creyente, un corazón confiado, un corazón abierto, un corazón expectante, un corazón que amaba la palabra de Dios, un corazón arrepentido; pero sobre todo, un corazón humilde. En ese corazón había también un espíritu de siervo, una sensibilidad ante las necesidades de los demás y una sumisión a la voluntad de Dios. La sumisión de ese corazón se pone en evidencia en el pasaje de hoy. David comenzó en su temprana edad a depender de Dios para hacer su trabajo. Él hizo todo lo contrario a Saúl, pues mientras David esperaba la respuesta de Dios, Saúl se impacientaba porque no había una pronta respuesta. Y tal fue su degradación en esto, que al final de su vida fue a consultar a una adivina, algo prohibido por la ley (Lv. 19:31). Pero ¿no es así como actúa la gente? Muchos prefieren la consulta terrenal, que la celestial para encarar sus problemas. Se sabe de personas que no saldrían de sus casas sin consultar el horóscopo. Otros consultan los que leen las cartas; otros más abusados buscan a los que leen las manos, o si no consultan al síquico y astrólogo Walter Mercado. Y los que van a los extremos, consultan la llamada “magia negra”, aquella que también permite la invocación de muertos y demonios. Es obvio que tales personas viven en un continuo engaño. ¿Qué sucede si no consultamos a Dios primero? Jamás sabremos si la decisión que estoy tomando es buena. Los hombres y mujeres de éxito son aquellos que no se precipitan a hacer nada, a menos que consulten a Dios primero. Así que nos evitaríamos muchos fracasos si consultamos a Dios primero. Mire lo que él ha dicho al respecto: *“Porque yo sé los pensamientos que tengo acerca de vosotros, dice Jehová, pensamientos de paz, y no de mal.”* (Jer. 29: 11.). ¿Qué nos aguarda si consultamos a Dios primero?

**I. CUANDO CONSULTAMOS A DIOS PRIMERO ÉL NOS GUIARÁ ACERCA DE LA
CUÁL SERA LA MEJOR DECISION A TOMAR**

1. Enemigos que atacan y saquean (v.2). Yo no sé cuáles son los suyos, pero el creyente tiene enemigos que atacan su alma. A lo mejor en este momento usted está en el “ojo” mismo de una tormenta que golpea su débil embarcación. O es probable que está sintiendo que hay enemigos que ya han invadido su terreno y han entrado para saquearle su gozo y su paz. Pablo supo de esos enemigos. Él reconoció la feroz lucha que enfrenta el creyente, de allí la necesidad de ponerse la “armadura del cristiano” (Ef. 6:10-18). David sabía muy bien quienes eran los filisteos y las atrocidades que cometían. Por la experiencia que tuvo con Goliat, uno de sus máximos representantes, supo la necesidad de buscar a Dios antes de enfrentarlos. Aunque la ciudad de Keila estaba amurallada, es evidente que su gente no estaba lo suficientemente preparada para resistir un ataque de los filisteos. Los graneros y el ganado fueron atacados y saqueados, lo que

estaba dejando a los campesinos sin comida ni semillas y desmoralizados. No siempre se está preparado para los certeros ataques del enemigo. Los enemigos del alma tienen la tarea de saquear la provisión que Dios ha hecho e imponernos un estado de sitio. Pero el creyente, representado acá por David, dispone de un arma más poderosa que su enemigo. Cuando él sabe que hay un enemigo saqueando su “era”, nada le dará más seguridad que consultar a Dios y su voluntad. Si la respuesta es afirmativa, se procede. Si se la respuesta tarda, siga esperando.

2. Hay que poner orden y límites. Keila era una ciudad muy próxima a la ciudad de Jerusalén. Permitir que ella fuera derrotada, era exponer a Jerusalén a un ataque de proporciones impredecibles. Cuando el enemigo vence una parte pequeña, y no se le da resistencia, su próximo objetivo es atacar las partes más fuertes, hasta doblegar la voluntad y hacernos sus esclavos. La consulta que David hizo para defender aquella ciudad era para poner orden y límites. Aquí hay algo que debe decirse. La guerra que sostenemos contra el pecado llega a ser multidimensional. Tenemos una pelea contra la carne. Esta comienza desde que nos levantamos hasta que nos acostamos. La otra tiene que ver con el mundo; allí afuera, donde lidiamos con todas las ofertas tentadoras. ¿Y qué decir de ese campo sobrenatural maligno? Ese es el más destructivo. De allí la urgencia de poner orden y límites porque no sabemos cuándo atacarán. Así que la mejor manera de saber cómo hacerle frente al adversario, es consultando al único que puede derrotarlo. El mayor problema del creyente es que entra en el terreno enemigo con sus armas carnales y no con la armadura del cristiano. Algunos le piden a Dios después que han entrado en la pelea.

II. CUANDO CONSULTAMOS A DIOS PRIMERO SE DISIPAN LOS TEMORES CON LOS QUE VIVIMOS

1. No permitas que el miedo le paralice (v.3). Los soldados de David, antes de llegar a ser los más grandes guerreros de su tiempo, experimentaron miedo. Por supuesto que ellos tenían razones. Según se conoce, en aquel grupo habían “afligidos, endeudados y en amargura de espíritu”. Esas condiciones emocionales crean un estado de impotencia y pensamientos de derrota. El miedo ofusca la mente, paraliza los sentidos y controla la voluntad. Este grupo de hombres, reflejando esta actitud, nos habla de aquel estado pesimista que se apodera muchas veces del creyente. Es aquella condición que no te deja avanzar, y no permite tomar las bendiciones de Dios. El miedo simplemente no te deja ser vencedor en la batalla. Sin embargo, la búsqueda de Dios se encarga de disipar todos los temores. David oyó un gran coro de lamentos. Él oyó como su “ejercito” se comparó con el adversario. Considere que David también pudo haberse unido a ese miedo colectivo, pero en lugar de eso acudió al que tenía las fuerzas, el poder y la salida. De eso se trata nuestra confianza en Dios. Es verdad que el miedo tiene la misión de paralizarnos en nuestras conquistas, pero Dios tiene la misión de fortalecernos y animarnos. Cuando le preguntamos a él primero, el miedo desaparece.

2. El miedo encarcela las bendiciones. Mucha gente tiene una conducta dirigida por sus temores. El miedo en lugar de hacer algo más allá de lo común, le pone barreras a las bendiciones y convierte en insegura a la persona. Tomemos este ejemplo. Antes de entrar a Canaán, Israel debía inspeccionar la tierra. Moisés escogió a doce hombres para que trajeran un reporte que pudiera facilitar la conquista. Diez de ellos se llenaron de terror cuando vieron las ciudades amurallas y los gigantes protegiendo sus entornos (Nn. 13:32, 33). Ese miedo contagió

al resto del pueblo, y estaban decididos a regresar otra vez a Egipto (14:1, 2). Este temor hizo que Dios no dejara entrar aquella generación a Canaán. De este modo, Israel, que estaba frente a las puertas de la tierra prometida, “amuralló” sus bendiciones, y el miedo les causó esa gran pérdida. David estaba viendo que por el miedo de sus soldados, se ponía perder una importante batalla, y con ello las provisiones para una gente desamparada (v. 1). Esto le llevó a una doble consulta, y la respuesta fue la misma: “*Levántate, desciende a Keila, pues yo entregaré en tus manos a los filisteos*” (v. 4). ¿Cuáles son tus temores? ¿Sientes que por ellos no avanzas en alcanzar tus bendiciones? Acude al Señor y pregúntale primero. No se sorprenda si la respuesta viene en esta misma dirección: “*Levántate, desciende... yo lo entregaré en tus manos...*”. La continua palabra de Dios nos dice: “No temas, porque yo estoy contigo...”.

III. CUANDO CONSULTAMOS A DIOS PRIMERO DESCUBRIMOS LAS INTENCIONES DEL ADVERSARIO

1. Cuando obtenga una victoria prepárese para otra guerra (v. 6). En la vida espiritual no podemos bajar la guardia. El que hayamos tenido éxito en algún conflicto no nos plantea darle descanso a la “espada”. Dios le había dado a David la promesa que derrotaría a los filisteos, y así lo hizo. El resultado no pudo ser más contundente. *David “peleó contra los filisteos, se llevó sus ganados, y les causó una gran derrota; y libró David a los de Keila”* (v. 5). Pero hay un enemigo que no da tregua. Saúl representa en la vida de David al mismo Satanás. Él no le dejará de perseguir nunca. Pedro, quien supo por experiencia cuán fuerte son los “dardos de fuegos del enemigo”, lo llamó “vuestro adversario el diablo”. Y para entender más sus intenciones, dijo que es “como león rugiente que anda alrededor tratando a quien devorar” (1 Pe. 5:8). Así que mientras David celebraba “puertas adentro” la victoria, las intenciones de su adversario ya estaban en camino. Pero David era un hombre de oración. Él sabía que cuando se gana una victoria hay que prepararse para la próxima batalla. Dios tiene un profundo agrado con sus hijos cuando acuden a él siempre para conocer su respuesta sobre aquello que nos afecta internamente. Como no sabemos cuáles son las maquinaciones del enemigo, sí necesitamos saber cuál es la opinión de nuestro mejor Amigo. La consulta a Dios no puede ser como la que eventualmente hacemos con nuestro médico de familia. Él espera por nosotros siempre.

2. La oración frustra los planes del adversario (v. 13). Si algo sabe el adversario es que el poder de Dios siempre estará por encima del suyo. Así que el diablo no irá más allá del terreno que nosotros mismos le concedamos. David no le concedió terreno a Saúl. Cuando él pensó que le tenía acorralado, David consultó a su Dios de nuevo, y esta vez lo hizo por el efod, aquella piedra que usaba el sumo sacerdote para consultar a Dios, conocida como el Urim y el Tumin (Ex. 28:30). La respuesta divina no se hizo esperar. La pregunta fue: “*¿Me entregarán los vecinos de Keila en sus manos? ¿Descenderá Saúl, como ha oído tu siervo?*”. Y la respuesta de Dios fue precisa: “*Sí, descenderá*” (1 Sa. 23:11). Frente a esta respuesta, David no tuvo otra opción sino seguir huyendo. Pero en esto hay algo admirable. Si Dios revela las intenciones del enemigo, es deber nuestro huir de sus artimañas. Uno de los mandamientos bíblicos al que más debiéramos atender es el que nos dice: “Huid”. Toda tentación que venga a nuestra vida debemos huir. Cuando esto hacemos, los planes del adversario serán frustrados. David se convirtió en alguien inalcanzable para Saúl porque él consultó al Señor primero. Así dice el texto: “*Y vino a*

Saúl la nueva de que David se había escapado de Keila, y desistió de salir". Satanás no puede contra el arma de la oración y la palabra. Como él es cobarde, al final termina huyendo.

IV. CUANDO CONSULTAMOS A DIOS PRIMERO JAMÁS CAEREMOS EN LAS MANOS DEL ADVERSARIO

En esta historia hay algo sorprendente. Desde que David salió de la casa de Saúl, comenzó una huida que no parece tener fin. Las palabras de "un sitio a otro" describe la condición fugitiva de David. Primero está en una cueva, después en el desierto, ahora está en una montaña, luego está encerrado en la ciudad de Keila con sus seiscientos hombres sin poder salir (13^a). La persecución debe ser algo estresante. Vea esto en una cacería de animales salvajes. Los animales que se convierten en presas de sus captores, luchan hasta lo último para escaparse de una muerte segura. Pero cuando son agarrados, los bramidos, rugidos y lamentos simplemente son desgarradores. La lucha por la supervivencia es dramática. ¿Qué decir en el contexto humano? Los hombres que huyen de la justicia, y van de refugio en refugio, les acompañan temores y ansiedades. La sensación de ser descubiertos y capturados tiene que poner una gran carga emocional en sus vidas. David experimentó la sensación del temor una y otra vez. La persecución a la que fue objeto lo llevó a decir: "*Mira a mi diestra y observa, pues no hay quien me quiera conocer; no tengo refugio, ni hay quien cuide de mi vida...*" (Sal. 142:4). Note lo que dice el versículo 14: "... y lo buscaba Saúl todos los días...". ¿Puede imaginarse esta presión para el hombre que llegó a ser "conforme al corazón de Dios"? Sin embargo, observe estas palabras finales: "... *pero Dios no lo entregó en sus manos*". La falta de confianza y oración nos puede llevar a esos estados depresivos del alma. Así que nunca han sido tan importante las palabras de Jesús, como cuando dijo: "Venid a mí todos los que estéis trabajados y cansados, que yo os haré descansar". Las únicas manos donde el creyente debe estar siempre son las de Dios.

CONCLUSION: En esta historia hay un final feliz. Aunque es cierto que David siguió huyendo de Saúl, por cuanto eso formaba parte de los designios divinos para formar al futuro rey de Israel, David siempre estuvo protegido por la mano de Dios. La razón era evidente: David siempre puso a Dios en el primer lugar de su vida. Él no tomaba una decisión sin consultar a Dios primero. Quien esto hace, sabe que sus decisiones están amparadas por un sí o por un no de parte de Dios. Esto equivale a decir que somos el producto de las decisiones que tomamos. No le pida a Dios que haga algo después que usted ha tomado su decisión. No se encapriche en tomar sus decisiones sin contar con el sí de Dios. Tampoco le pida dirección a Dios donde él ya dijo que no. Cuando buscamos a Dios primero, la vida se constituye en una cadena de bendiciones. ¿Qué clase de vida quiere vivir? ¿Una dirigida por usted o una dirigida por Dios?